

esa chicuela sin edad, casi sin sexo, torcida, escrofulosa, epiléptica, he ahí la tentación á que no había podido resistir, según sus detractores, aquel hombre admirable, aquel santo. La única prueba era la residencia bajo el mismo techo durante varias semanas... ¡ Y cuando pienso que esta odiosa campaña ha sido organizada por ese cura mundano y elegantón, ese parásito de las mesas ricas donde hacía convidar á su ama de llaves!... »

La Sra. de Fénigan, que tal vez tenía que reprocharse algunas de estas invitaciones, interrumpió vivamente á su hijo :

— ¿Y qué te contestó monseñor?

— Una pastoral de varias páginas, con citas de Tertuliano... El Sr. Cura es un pastor venerable, el Sr. Vicario un niño grande muy bueno... Mientras tanto, nuestro pobre amigo hace una penitencia de tres meses en el convento de trapenses de Aiguebelle, mientras el Sr. Cura lleva de quinta en quinta, una solicitud para que quiten de aquí á ese sacerdote que sólo ama y sólo trata á los mendigos y vagabundos. Sólo falta tu firma, para lo cual espera el cura tu regreso.

— ¡ Que venga y verás como lo recibo!

— ¿No firmarás? preguntó Ricardo con transporte... Pues bien, yo te prometo que si esos

canallas de enfrente me dejan en paz, no volveré á ocuparme de ellos.

— Te dejarán en paz, puedes estar seguro de ello. Ahora, dame tu cabeza, para acariciarte una vez más y vete pues tengo que descansar.

— Es que quisiera... Lidia no puede estar sola en Bretaña... comprendes...

Y la madre, sonriendo, añadió :

— Sí, sí... comprendo... hablaremos de eso en la comida. Tengo necesidad de un día de descanso. Vete, hijo mío.

Ricardo consideró insoportable permanecer encerrado en el estudio hasta la tarde, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, salió resuelto á no volver en todo el día, y lo hizo por la verja que daba al bosque, por aquella verja testigo de la fuga de Lidia. Sin embargo, entonces ya no estaba hermoso el bosque, pues los grandes vientos y las lluvias del equinoccio lo despojaban de sus últimas hojas, cubriendo el suelo de estiércol amarillento y terroso. Las calles y alamedas perdían todo misterio, las perspectivas se empequeñecían y la interminable verja de las cacerías vedadas de Granburgo, visibles en toda su extensión, daban al pequeño Sénart el aspecto de un bosque de alambres. La decoración al desaparecer había diseminado la orquesta. Acá y acullá,

en las malezas de un matorral, un mirlo, que parecía enorme, cantaba y saltaba como en una jaula; por las copas de los árboles pasaban torbellinos de cuervos, y en las antiguas canteras llenas de agua pluvial se bañaban dos ó tres patos salvajes, cuyas nasales trompetas resonaban en el silencio de las alamedas. Pero Ricardo llevaba aquel día en la cabeza una música sonora que acompañaba al andar con sus bajos acostumbrados: « Pum... pum... pum... », sólo que ahora eran « pum... pum... pum... » alegres y locos, alegres como el motivo todo de canciones apasionadas, cánticos de amor y de renovación que resonaban en torno suyo, mientras se paseaba por un bosque imaginario, lleno de perfumes, de luces y de trinos de pajarillos... De modo que aun podrían amarse, abrazarse; nada parecía irreparable á su corazón enamorado, y ya no sentía la horrible quemadura, ese carbón hecho ascua en el pecho, que le contraía todos los músculos. Sus celos se habían curado, su llaga se había lavado en el llanto y la sangre de Lidia...

¡ Pobre mujer! Cuánto había debido sufrir para llegar al suicidio, ella que tanto amaba la vida. Ya no se trataba de perdonar á quien tan ferozmente expiara su culpa. Volvía á sus brazos con nueva carne, purificada por el sufrimiento;

y cuán bueno sería pasearse por allí con ella, respirar aquel olor de juventud que maduraba, el aroma de los lirios silvestres y de las violetas que exhalan los sitios oscuros del bosque á fines de la primavera...

— Cuidado, D. Ricardo, que se pasea V. temprano... ¿ Tiene V. prisa de ir á almorzar? Pues entre un instante en la Ermita y comerá con nosotros un bocado.

— Pero su nuera no verá con gusto un huésped más, buen Eugenio.

— Sí. Eso la distraerá, el dejar de comer una vez sola con mi antiguo pellejo.

El indio, que volvía de su primera ronda, con el fusil al brazo y un conejo en su morral, hizo entrar á Ricardo por una antigua puerta carretera del convento, de arco poco elegante, de portalones carcomidos y resquebrajados, que daba al fondo de un patio lleno de hierbas donde unos meses antes bailaba y comía la boda de Saltacor hijo. Dos tabernas, desiertas durante la semana, y la habitación del guarda-caza, con su ruidosa y poco aromática perrera al lado, ocupaban en torno de ese prado rústico el sitio de la antigua Ermita. En la aseada y clara salita, cuyas paredes estaban pintadas al temple con sencillas historias de caza, donde se sentaron á tomar un vaso de gine-

bra añeja para abrir el apetito, se presentó al poco tiempo la nuera, bien peinada, casi elegante á pesar de la hora matutina; pero con los ojos encendidos, y aire de somnolencia y de fastidio. Al encontrarse con Ricardo Fénigan, en vez del gendarme ó del leñador que creía hallar con su suegro, brilláronle los ojos, y su carilla enfermiza y poco tímida se encendió con el frenético deseo del ser.

— Cuando se lo decía yo á V., cuchicheaba el indio confidencialmente detrás de su gigantesca mano, mientras que la coqueta nuera se apresuraba á poner el cubierto, rozándolos con el vaivén de su traje y de las curvas de su corpiño... Estaba seguro de que se animaría al ver un señor, un burgués... Figúrese V. que ha estado llorando toda la noche, por causa de unos pendientes que le habían regalado y que yo devolví, porque en ausencia de mi chico...

— ¿Dónde está su hijo Eugenio?

— En el regimiento, prestando un servicio suplementario... Tiene locura por su oficio de soldado, hasta el punto de hacerle daño como empleado y, lo que es peor, en el ánimo de su mujer. Pues bien, ayer, al volver de Granburgo, donde fué para llevar huevos de hormigas para los faisanes, me vuelve con un par de pendientes de

oro en las orejas, en lugar de los de hierro que yo le compré en la feria de Yeres. « ¿Quién te ha dado eso? le pregunté. — La duquesa, me dijo. » Yo que sé que nuestra ama no es dadivosa (¿verdad que puede decir uno esto de sus señores porque no deshonra, D. Ricardo?) comprendí en seguida el origen del regalo; y por la tarde, sin que mi nuera lo notara, me fuí al palacio y dije á la duquesa, que estaba hablando en la escalinata con el Sr. Alejandro: « La señora ha regalado á mi hija una preciosa alhaja... » Miróme con aire de entrañeza: « ¿Yo una alhaja á su hija de V.? » Ese viejo ladrón de Alejandro hacía muecas para advertirla, y ella acabó por comprender. — « Sí, sí, recuerdo; y qué ¿no son bastante bonitos? — Demasiado para nosotros, le contesté en tono firme, y me ha encargado que se los devuelva, porque una mujer decente que no es rica no tiene derecho á ponerse encima perendenges de tanto coste. » La duquesa me contestó: « Gracias, Eugenio, puede V. marcharse. » Pero esperé al Sr. Alejandro en la esquina del puente, y le advertí que la primera vez que se encargue de diligencias semejantes le haré tomar un baño en el Sena con una bala en medio de la frente. Y lo haré, como me llamo Saltacor.

Los redondos ojuelos del guardacaza tomaron expresión feroz.

— ¿ Pero de dónde venían esos pendientes ? preguntó Ricardo sintiéndose palidecer.

De uno que vale más no nombrar, dijo Saltacor, comprendiendo de pronto su poco tino... Naturalmente, la chica no quedó contenta, y toda la noche la he oído murmurar. Después, esta mañana, nos explicamos clarito. Así le dije : « Casi tienes dos maridos. Si uno es ciego y demasiado bueno, el otro tiene mucha desconfianza y la mano pesada. Hay que andar derecho ó cuidado contigo ».

La joven apareció en esto con un gran delantal blanco y las mangas recogidas, llevando una tortilla con setas, que perfumaba toda la sala, llegando su olor hasta la perrera, donde los hambrientos animales husmeaban por debajo de la puerta. Pero ni el sabor del rústico plato, ni los pilluelos ojos del ama lograron distraer á Ricardo Fénigan de la sombría meditación evocada de pronto por la silueta del joven príncipe, y más de una vez durante el almuerzo, Eugenio, que hablaba con la misma lentitud que comía, en el estilo campesino de los días inacabables y de los grandes espacios, se extrañó de oír que D. Ricardo tarareaba como un hombre malcriado en los momentos más

interesantes de sus cacerías de acecho contra los animales ó contra el hombre.

Mientras su hijo pasaba el tiempo en la Ermita y la creía profundamente adormecida, la Sra. de Fenigan, uno de esos seres activos que no pueden dormir durante el día, pidió el coche y se hizo llevar al hospicio de Soisy. El convento, que se distingue desde lejos gracias á los elevados árboles de la entrada y al campanario dentellado de su capilla, estaba en aquel momento lleno de escaleras, de montones de yeso y de mamposteros, pues estaban renovando la fachada; la toca de alas blancas de Sor Marta la irlandesa vigilaba estos trabajos, pues esa religiosa suplía á la superiora, enferma en cama hacía ya tiempo.

— Estamos haciendo obra, dijo á la Sra. Fénigan adelantándose á saludarla; y más quedo, mientras la conducía á través de los utensilios de trabajo :

— Ha sido un bien... pues los niños y las hermanas tienen prohibición de venir por aquí. El cuarto de Lidia está pues á cubierto de curiosidades é indiscreciones. Cuando su hija llegó esta mañana, no había aquí sino unos cuantos mamposteros y la hermana del torno, que la conoce y que he encargado de subirle la comida y atenderla. He dicho la verdad al médico, que es el

más prudente y reservado de los hombres y que como viene cada dos días á ver á la superiora, entrará al mismo tiempo en el cuarto de Lidia, que está inmediato ; creo que nuestra querida niña no hubiera estado más oculta ni mejor cuidada, aunque fuera en la halconería ó en la Ermita.

— También lo pienso así, Sor Marta, y realmente fué una inspiración de Dios la que me hizo volverme á ustedes, no atreviéndome á llevar mi pobre Lidia directamente á Uzelles. Pero tengo la confianza de que no abusaremos de su hospitalidad.

Al oír esto, Sor Marta agitó grandes brazos, insignificantes y flacos, con su petulancia irlandesa.

— Espera V.... que espera V... Ah, ¿ pero va V. á quitárnosla en seguida? Está aún tan débil, tan pálida... ; un viaje semejante como primera salida!... El médico le ha recomendado que no se levante antes de dos ó tres días. ¿ Quiere V. que vayamos á verla ?

Y después de añadir en alta voz para que todos oyeran : « Vamos á saludar á nuestra querida superiora ; la encontrará V. muy desmejorada... » echó á andar delante por la anchurosa escalera, de paredes blancas como una casa morisca, y de

pasamano recién pintado. Las grandes cuentas de su rosario y el manojó de llaves que nunca se separaba de la Sra. de Fénigan, resonaban en el extenso corredor donde se hallaba el cuarto de Lidia.

Ésta, acostada, muy blanca y con los ojos abiertos, sofocó un grito de alegría al ver entrar á la Sra. de Fénigan.

— ¿ Cómo, mamá, ya está V. aquí ?

— ¿ Qué quieres, hija mía ? No he podido dormir.

— Lo mismo yo, replicó Lidia, haciéndole ver que su cuarto, espacioso y alegre, formaba el ángulo de la casa, dando una de las ventanas á la comarca y la otra al pequeño jardín interior donde estaban las aulas, y en el cual jugaban las huérfanas mientras estaba lleno el patio de instrumentos y materiales... Desde esta mañana oigo á las niñas cantar y bailar en redondo, la voz de las hermanas y la lecciones que recitan. Me parece que aún soy una chicuela y que me va á tocar mi turno. Cuando V. entró, oía todos sus gritos, todo su movimiento.

La Sra. de Fénigan sonrió é inclinándose hacia ella le dijo :

— ¿ No me preguntas por Ricardo ?

— No me atrevía, murmuró la convaleciente, cuyo enflaquecido rostro fué empañado por el

dolor. Pero á medida que la madre le refería la acogida de su hijo, al oír el relato del viaje y de la reconciliación, el estallido de lágrimas finales, el ardoroso deseo, los temblores de las manos del que nunca había dejado de quererla, volvió la vida á aquel lindo rostro, como vuelven los colores en un cuadro que se limpia.

— Tengo la seguridad de que nuestros temores eran ilusorios y de que hubiera debido llevarte desde luego á casa. Esta tarde le diré que estás aquí y vendremos á buscarte mañana temprano.

— No, mañana no, espere V. un poco, exclamó en tono suplicante la joven llena de espanto y recogiendo las ropas del lecho con aire infantil; tengo miedo. Estoy tan flaca, tan fea... y luego esto — señalando á la cicatriz de su herida debajo del seno izquierdo. — El doctor ha dicho que habrán de curarme varias veces. Y si Ricardo al verme dejara de amarme, si no quisiera.

— Pero, hija mía, cuando sepa que estás aquí no habrá manera de contenerlo.

— Hágale V. creer que todavía estoy lejos, que mi salud lo exige... Después de todo, algo hay en esto de verdad.

— ¿Y si quiere ir en busca tuya?

— Encuentre V. alguna mentirilla para disuadirlo... y déjeme V. algunos días en este rincón

de mi juventud, donde él me conoció y me amó, y donde recobraré fuerzas para volver á ponerme hermosa y ser digna de su amor.

En lo que sus palabras y sus gestos no decían, se adivinaba como una necesidad de purificarse por el retiro y la meditación. Parecíale que entre las blancas paredes del hospicio volvería á ser una niña. Y la Sra. de Fénigan lo comprendió tan perfectamente que, sin insistir más, le dijo:

— Será cuando y como quieras, mi querida hija; no te aflijas.

Al salir se detuvo algunos minutos en el cuarto de la superiora para poder decir á Ricardo que la había visto y explicar así su visita al hospicio. Sor Marta estaba en la cabecera de la anciana religiosa adormecida, examinando una cuenta de trabajos. La Sra. de Fénigan le dijo al oído: « Pues sí, le dejo nuestra Lidia por unos cuantos días: vendré á verla con frecuencia. » Y al subir al coche, añadió: « Á casa; pobre superiora; cuidado que está débil!

Estas palabras, dichas en alta voz para que las oyese su cocherero, le hicieron, sonreír desdeñosamente en su pescante. Sabía en efecto á qué atenerse, pues el empleado del camino de hierro había referido por la mañana en casa de la jardinera que la Sra. de Fénigan había llegado con una

joven señora muy enferma, y que la dejó al paso en el convento de Soisy. Ricardo ignoraba aún la presencia de su mujer en el país cuando todos sus criados la sabían. No hay casa numerosa donde no sea así.

XII

Al regresar á la quinta, tuvo la Sra. de Fénigan la sorpresa de no necesitar defenderse contra el ansia enamorada de su hijo; éste permanecía silencioso y triste, aunque volvió á ser el Ricardo de las veladas en común y de las partidas de ajedrez. Al jugar casi se tocaban sus frentes; pero; qué abismo entre sus pensamientos! «¿Qué le ha pasado? pensaba la madre.... Esa arruga entre los ojos, ese agitar de las ventanas de la nariz y luego su eterno tarareo.... Es un acceso de celos, tengo la seguridad de ello...¿ durará esto mucho tiempo? y Ricardo se decía: « Ha hecho bien en no traerla; mi herida está aún sangrando, es preferible esperar un poco. Nada más que el nombre de Carlejo evocado delante de mí y héteme arrebatado de nuevo. Si mi pobre amiga hubiera estado presente, la habría atormentado, sin lástima de su debilidad.